

de Mervaha, que duró dos días, costó á los árabes la vida de siete generales; el primero de ellos fué cogido por el elefante blanco con la trompa y aplastado debajo de sus patas. Los musulmanes huyeron y fueron rechazados hasta el Eufrates; pero los persas no pudieron proseguir su victoria, porque el general fué llamado á Ctesifonte á causa de una sublevación que había estallado allí contra la reina. A pesar de que los árabes pudieron llevar á cabo una expedición de saqueo á Bagdad, donde robaron y se llevaron en mil camellos las mercancías que á causa de la feria había reunidas entonces allí, y á



Dracma de plata de Yezdegerdes III

pesar de que lograron otra victoria sobre los persas, vemos á estos de nuevo en posesión del país hasta mas allá del Eufrates. Al advenimiento al trono de Yezdegerdes, recobraron los persas nuevas fuerzas. Se adoptaron grandes medidas de defensa; la población mesopotámica se inclinó de nuevo en favor de los persas, y el general árabe Motana tuvo que abandonar la ofensiva y ponerse á la defensiva; un ejército, muy superior en número al de los árabes, pasó el Eufrates cerca de Cadesia. Este pueblo, llamado hoy Cader, se halla á diez leguas al Sur de Cerbela. Ruinas dilatadas, salas y arcos con mascarones de estilo sasánida, indican hoy el sitio donde se decidió la suerte de uno de los imperios mas grandes del mundo. Saad, hijo de Abu Vacas, tomó el mando del ejército del Islam, despues que Motana hubo muerto de una herida recibida en la derrota de Mervaha. Este su predecesor le había aconsejado en el lecho de muerte, que molestase al enemigo con frecuentes correrías, que no penetrase en el interior del reino persa, hasta que no ocurriesen nuevos desórdenes, y que no aceptase ninguna batalla general, sino en la frontera del desierto, donde no había que temer la persecución de los persas, en caso de una derrota. Tambien rogó Motana á Saad que protegiese á su esposa la hermosa Selma, la cual despues de la muerte de su marido, se casó en efecto con Saad. Este había caído enfermo cuando se dió la batalla de Cadesia, y hubo de mirarla desde la muralla del castillo, al lado de su esposa. El combate empezó por luchas singulares, que pronto se cambiaron en una batalla general; los caballos árabes y persas aumentaban el furor de la pelea, porque aquellos se asustaban de los elefantes persas y estos de los camellos árabes cuyas mantas ondeaban al viento.

Los dos primeros días fueron favorables á los persas; pero al tercero sus tropas empezaron á flaquear; los elefantes huyeron, la noche sobrevino, pero Rustam continuó la lucha. Se dió á este combate el nombre de «La noche del ladrido.» Arabes y persas combatieron cuerpo á cuerpo; los golpes resonaban como martillos de fragua, y el alba encontró á los combatientes entregados todavía á su sangrienta tarea; 6,000 musulmanes yacían muertos en el campo. Una tempestad que se levantó de parte del Oeste, envolvió á los persas en nubes de arena; los árabes emplearon todas sus fuerzas contra el centro del ejército enemigo y consiguieron ponerlo en fuga. Rustam dirigía la batalla sentado en una silla; pero habiéndose llevado la tempestad el toldo se fué á abrigar de los rayos del sol á la sombra de un camello. Un árabe á quien Rustam no vió á causa del polvo, hirió el camello y cortó una cuerda que tenía sujetado un saco de dinero, que cayó sobre la cabeza de Rustam. Este se levantó en seguida, y procuró escapar hácia el río, pero se torció un pié y cayó en manos del árabe, que le cortó la cabeza y la clavó en su lanza. Esta fué la señal de la desbandada para los persas, que dejaron un número colosal de muertos en el campo. El botín fué inmenso; especialmente muchas armas magníficas y obje-

tos preciosos cayeron en manos de los árabes, ignorantes completamente del lujo de los persas. Durante la huida tuvo lugar otro encuentro sangriento que costó todavía la vida á varios generales persas. Esta gran batalla, librada en marzo de 635, entregó la Persia en poder de los árabes. Las innumerables luchas que aseguraron aun mas la caída del imperio, no fueron sino los supremos y últimos esfuerzos, hechos para defender la independencia, la civilización y religion iránias, heredadas de remotos tiempos, contra los salvajes hijos del desierto.

Los árabes levantaron en el territorio que acababan de conquistar dos ciudades que llegaron á ser muy célebres, Cufa y Basora. Esta última, establecida en el punto donde había varias aldeas bajo la autoridad de un Dighan, era un baluarte contra las fuerzas que pudiesen venir del lado de Oman, en favor de los persas; fué, y es aun hoy, una plaza importante para el comercio indio.

Yezdegerdes había perdido todos sus generales capaces. Saad avanzó con 60,000 hombres contra Ctesifonte, y, cuando se hallaba á un día de marcha de la ciudad, huyó el rey, abandonando sus tesoros; los habitantes le siguieron, dejando en su espanto todo lo que poseían. Cuando el general árabe entró, en marzo de 637, en la ciudad abandonada, recitó un pasaje de la *sura* 44 del Coran. «Cuántos jardines y manantiales están abandonados!; Cuántos campos y moradas agradables y opulentas donde se disfrutó el placer!; Hemos dado el goce de todo esto á otro pueblo y ni el cielo ni la tierra lloran!» Saad entró en el palacio (Aivan) de Kobad (Tak Kesra), construcción de mármol de 120 piés de ancho por 300 de largo, con un pórtico de columnas, recitando la *sura* de introducción del Coran, prosternándose ocho veces y rezando despues la oración de la victoria que Mahoma había rezado en la conquista de la Meca. Recorrió despues á caballo la ciudad y entró en el castillo de Cosroes, en cuyas salas—cuyo número solo Dios el omnisciente sabe—estaban el oro, la plata, las piedras finas, vestidos de lujo, alfombras y armas. La descripción del botín, hecha por diversos historiadores muy minuciosamente, nos enseña lo adelantados que estaban los persas en lujo y civilización, y nos podremos formar una idea de la poderosa impresión que debió de producir en los árabes la vista de tan gran ciudad con sus establecimientos destinados para una vida refinada, cuando leemos en el Tabari (1) que Yezdegerdes respondió á la embajada que le invitaba á someterse: «He visto á muchos pueblos, turcos, deilemitas, eslavos, indios y otros; pero jamás he visto ninguno tan pobre como el vuestro; os alimentáis de ratas y culebras, vuestros vestidos son pieles de camello y de carnero. ¿Cómo podeis conquistar mi reino!» A lo que la embajada contestó: «Tienes razón; el hambre y la falta de abrigo eran antes nuestra suerte; pero Dios nos ha dado un profeta, cuya religion es nuestra fuerza.» Se cuenta que al repartir el botín, tocaron á cada uno de los 60,000 soldados 12,000 dihres, ó sea unas 8,525 pesetas. Muchas de las cosas cogidas no se podían repartir y de otras se desconocía el valor. Se halló un camello con una caja que contenía el vestido de Cosroes; los pasamanos estaban adornados con rubíes entre perlas; en la misma caja había además otros vestidos de tejidos de oro, la corona y el sello de Cosroes y diez piezas de brocado.

Se podrá juzgar del grado de admiración de los árabes á la vista de semejantes objetos, cuando se sepa que solo conocían la tela lisa hecha en telar y que el arte de hacer vestidos les fué enseñado por los vencidos persas. La armadura de Cosroes se componía de una coraza de oro, un yelmo, escarcela, brazal, y lorigas para las piernas tambien de oro.

(1) Traducido por Zotenberg, III, 387.

En el tesoro real se encontraron un caballo de oro con silla de plata y guarnecida de piedras finas, y un camello de plata con un potro de oro. Una de las piezas mas preciosas era una alfombra de brocado blanco de 60 varas en cuadro; el borde estaba formado por un tejido verde de flores, hechas con esmeraldas, berilos, rubíes, turquesas y topacios; los reyes se servían de ella en invierno para que les recordase las flores de la primavera; esta alfombra fué cortada en pedazos y se pagaron por cada uno solo 8,000 dihres. Un almacén contenía en vasos de cristal los perfumes mas exquisitos, alcanfor, ámbar y almizcle; todo fué enviado á la Meca, donde se derrochó. Había anclado en el puerto un buque con cargamento de alcanfor de la India que los persas solían mezclar en sus bujías. Los soldados árabes lo comieron, segun se dice, con pan á guisa de especias. Hasta las puertas de las casas de Ctesifonte fueron arrancadas y llevadas á Cufa donde sirvieron para las nuevas casas.

Los persas mandados por el arsácida Mihran se opusieron á los árabes en la llanura de Dyalula; los combates que allí hubo duraron seis meses, pero por fin fueron vencidos los persas en diciembre de 637. El rey se hallaba en Holvan, donde hay un castillo al Este de Zohab, que aun hoy se llama Calahí Yezdidyrd; sus ruinas ocupan un resalto del monte, protegido por el lado que se une con la montaña por una muralla de veinte piés de espesor, que serviría aun hoy de buena defensa, y por un foso de grandes dimensiones. Una senda única, defendida por murallas y torres, conduce al castillo. Al recibir la noticia de la derrota huyó Yezdegerdes de allí á Raí. Una batalla librada cerca del castillo de Chirin entregó Holvan á los árabes; casi al mismo tiempo entregaban los cristianos á los árabes la ciudad de Turit, junto al Tigris, residencia del Católico ó Mafrian nestoriano, y Mosul se rindió tambien despues. En enero del mismo año 638 sucumbieron las ciudades de Masabadan y Sirvan, cerca de las primeras eminencias del Zagros, despues de una batalla que duró tres días.

En el año 639 se prepararon los árabes para la conquista de la Susiana. Aquel país estaba, como otros seis territorios del reino, bajo el gobierno hereditario de una familia consanguínea de la casa real. Estos siete príncipes tenían el derecho de llevar una corona solo un poco mas pequeña que la tiara del rey. El valiente Hormuzan, que había ya combatido en Cadesia, fué rechazado por dos ejércitos árabes hácia Suk al Ahvaz, bajo cuyas murallas se perdió otra batalla sangrienta que obligó á Hormuzan á retirarse á Ram Hormuz y hacer las paces. Algun tiempo despues acudió el gobernador de la Persis, Cherek, al socorro de Hormuzan, y ambos se reunieron en Toster (Chuchter), plaza mas fortificada que Ram Hormuz. Había ya resistido medio año de sitio, en cuyo tiempo hubo ochenta encuentros, cuando un persa descubrió á los árabes la entrada del túnel que conducía, pasando por debajo del castillo, el agua del Kerja á la ciudad. Cien árabes entraron en el castillo, mientras el ejército estaba reunido en frente de las puertas fuera de la población; dominaba la fortaleza la ciudadela construida por Sapor I, ocupada entonces por Hormuzan con 1,000 arqueros. Este hizo presente al general árabe que sus 1,000 arqueros no erraban nunca el blanco, y que la ciudadela era inexpugnable. En su consecuencia le fué permitido retirarse libre con su escolta, y que se presentase personalmente al califa. Dirigióse Hormuzan con este motivo á Medina, donde por su magnificencia causó grande admiración entre los habitantes. Allí encontró á Omar durmiendo en un rincón de la mezquita y vestido de una bata llena de remiendos, lo que hizo decir á Hormuzan que semejante vestido era propio de un profeta y no de un príncipe. Quitaron los vestidos á Hormuzan y le pusieron una chaqueta de tela; en-

tonces Omar le ordenó que hablase. «¿Debo hablar como un muerto ó como un vivo?—Como un vivo.—Asegúrame que no me matarás.» Omar contestó que sus palabras no debían traducirse en este sentido, porque el que ha matado á un musulmán no debe quedar vivo.—«Déjame entonces la vida hasta que haya bebido una copa de agua.» Omar hizo entonces llevar un cántaro; el persa lo vació en el suelo, y la tierra consumió el agua; de este modo consiguió salvar su vida.

Yezdegerdes reunió nuevas fuerzas cuando supo que el vencedor de Cadesia había sido destituido por Omar. Reunió un ejército de 150,000 hombres en las cercanías de Nehavend, probablemente con el proyecto de avanzar por el camino de Kermanshah y de Holvan hácia el Tigris. Cabalmente tomaron los árabes este mismo camino, mandados por Noman, hijo de Mocarren, y pasando por Mardchi y Tazar, se presentaron en frente de Nehavend, que encontraron fortificada con empalizadas. Despues de dos meses de sitio se retiraron los árabes á dos días de marcha, con el fin de atraer á los persas á campo raso; y estos, creyendo que el enemigo huía, abandonaron sus posiciones y fueron atacados en seguida y dispersados por los árabes. El general persa Perozan fué cogido en la retirada y muerto. Se cuenta que en esta jornada (año 640), murieron dos terceras partes del ejército persa. Yezdegerdes huyó hácia el Corasan, tomando el camino de Ispahan, Kerman y Nichapur; y las conquistas de los musulmanes se extendieron por toda la Media y Atropatene hasta Derbend, por el territorio de Ispahan y Raí, que fué saqueada y en parte destruida, no menos que por la Partia y Gorgan (Hircania). La Persia cayó porque los árabes hicieron avanzar muchos cuerpos pequeños contra las diferentes ciudades, mientras que el gobernador persa tenía reunidas todas sus fuerzas en Tavady, lo que le obligó á dividir su ejército en pequeñas columnas, que fueron vencidas unas en pos de otras. Cherek murió en una gran batalla cerca de Richer. El sitio de Darabgird duró, no obstante, tres meses; y en una salida arrojaron los sitiados á los árabes hasta las montañas, pero despues lograron la victoria por un milagro segun dicen. En el año 642 conquistaron los árabes la Armenia. El general Habib Ibn Maslama salió de la Mesopotamia y penetró en el país con un pequeño ejército, que fué reforzado por cuerpos que se le reunieron sucesivamente. Súpose entonces que el ejército armenio era auxiliado por los alanos, abjazos y jazares. Habib y el comandante de las tropas auxiliares, Selman, no pudieron ponerse de acuerdo, y fué mandado el último á conquistar á Atran, mientras que Habib se apoderaba de los alrededores del lago de Van. Despues de pasar el Aras, atacó á Dovin, entonces capital, situada á orillas del Medzamor, y la puso fuego por sus cuatro costados; los habitantes fueron degollados y saqueadas sus riquezas. El vencedor siguió su camino sin grandes dificultades hasta Tiflis. Bizancio no abandonaba sus pretensiones sobre la Armenia, y de este modo el país, dirigido por gobernadores de ambos partidos, fué teatro de largas y devastadoras guerras. Posteriormente, en 859, volvió á formarse otro imperio armenio, bajo la dominación de la antiquísima familia de los Bagratunis, los cuales, aunque hasta cierto grado independientes, rendían vasallaje á los califas. Este imperio duró hasta fines del siglo primero, época en que los bizantinos y los turcos se lo apropiaron. Por este tiempo una línea lateral de príncipes de Rhupen (Ruben) formó un nuevo reino armenio que tuvo su centro en Cilicia y Capadocia, pero sucumbió á su vez á principios del siglo XIII bajo la espada de conquistadores extranjeros.

Nada resistió á las tropas entusiastas de Omar, cuyos generales se precipitaban con la bandera en la mano en las filas enemigas gritando: «¡Oh Dios! muestra hoy la gloria



del Islam, aniquila á los infieles y concédeme la muerte de los mártires.» Si admiración nos causa el ver que los valientes hijos de la Arabia, entusiasmados con la nueva creencia y atraídos por las desconocidas riquezas del país, conquistaron un reino que se desmoronaba, debilitado por un continuo estado de guerra, mas aun debe llamar nuestra atención el considerar que los persas consiguieron formar siempre nuevos ejércitos, que muchas veces defendieron el país y combatieron por varios días seguidos. Poco á poco empezaron los príncipes de las provincias á desesperar de la causa de Yezdegerdes y á entablar negociaciones de paz. Por mucho mas tiempo conservaron su libertad los *pueblos de la costa caspia*, donde como hemos visto se han conservado tambien las noticias mas antiguas del período legendario del Iran. Desgraciadamente se sabe poco de su historia, porque los historiadores fidedignos solo los mencionan accidentalmente, y su verdadera historia empieza solamente en el tiempo del Islamismo.

Ciro nombró para gobernador de la Media, Armenia y de los cadusios (Gilek) á su hijo Tanaxares; los aqueménides tuvieron que luchar repetidas veces para someter las tribus gilanas, y Alejandro Magno confirmó la soberanía del príncipe del Tabaristan, probablemente despues de haberle este reconocido por rey de los reyes, lo que significaba poco mas que una posicion neutral. Los partos tuvieron casi siempre relaciones amistosas con el Tabaristan, pues que los Isphebeds traian su origen de una línea colateral de la casa real; Ardeschir I tambien confirmó la dinastía indígena del Dyefendshah, dinastía que fué destituida por Keyus, hijo de Kobad I. Este Keyus se enemistó con su hermano Cosroes Anochirvan que le venció en el año 537 y nombró á Caren, hijo de Sujras, Isphebed. El quinto sucesor de Sujras fué vencido en el reinado de Yezdegerdes III por Gil Gaubare, hijo de Gilan-Shah que era á su vez hijo del sasánida Peroz y de la hija del rey de Gilan. Este, de quien descendieron las dinastías tabaristanas, tuvo dos hijos, Dabuye y Baduspan, de los cuales descendieron dos casas de príncipes, una que gobernó hasta el año 761, cuando las tropas árabes mandadas por Omar Ben el Ala conquistaron la ciudad de Amol. El último Isphebed de esta dinastía huyó con su familia y sus tesoros á una gruta, donde vivía ya hacia dos años y medio, cuando se desarrolló una epidemia y se envenenó desesperado. La dinastía de Baducepan tuvo mas suerte; á pesar de verse amenazada de tiempo en tiempo por los califas y sus sucesores, mantuvo su independencia durante treinta y cinco gobiernos, hasta el año 1453, época en que se dividió en dos líneas que fueron sometidas por los Seféridas.

A pesar de la independencia política de estos países, la religión árabe hizo en ellos prosélitos, y durante el reinado de uno de estos príncipes, Chehergar II (años 908-923), un gran número de adoradores del fuego se pasó en Dailem al islamismo. Los príncipes que gobernaron en los montes del Tabaristan hasta fines del siglo IX descendían de una raza caria. Bajo el reinado de Cosroes Parvez, fué nombrado gobernador de Istajr, Aderbeidjan Irak y Tabaristan, un hombre llamado Bauya, que ocupó esta dignidad hasta el reinado de Azarmidojt, quien le mandó venir á su presencia, pero él se retiró á un templo del fuego, y solo despues de la muerte de Yezdegerdes le eligieron príncipe los tabaristanos, y sus descendientes gobernaron el país, á pesar de que el litoral de Mazenderan se sublevaba algunas veces; por cuya razon llamaron á esta dinastía tambien «reyes de las montañas.» Bauya fué asesinado por un cierto Valach, pero su hijo volvió á ocupar el trono despues de muerto el usurpador. Esta dinastía duró hasta el año 1006 en que el príncipe de Gorgan acabó con ella. La segunda línea de los reyes de las montañas dominó

desde 1073 á 1209, época en que el último príncipe fué destituido y muerto por un gobernador de Alidia. Ambas dinastías tuvieron por fundador á Bauya y lo mismo una tercera que gobernó desde 1237 á 1349 en Amol.

La posicion de los árabes en Corasmia, hoy Jiva (Chiva), fué difícil. Despues de varias tentativas inútiles, logró en 712 Cutaiba bin Muslin, gobernador del Corasan, hacer reconocer el gobierno de los árabes, aprovechándose de una discordia entre el Shah y su hermano; aquel conservó su dignidad, pero tuvo que sufrir á su lado á un gobernador (ó valí) árabe.

Yezdegerdes merece ser censurado, porque prefirió huir uno de los primeros en un tajiravan (litera), llevado por mulas, en vez de combatir hasta lo último al frente de sus guardias, como lo hicieron los aqueménides y partos. Al fin halló descanso en Marv, donde construyó un templo del fuego, poniendo en él el fuego sagrado que se habia llevado de Rai, y que dicen era el fuego mas antiguo del Iran. Al rededor del templo plantó jardines y allí residió con 4,000 personas, entre las cuales sin embargo no se hallaba ningun guerrero. Esta corte de esclavos, cocineros, ayudas de cámara, caballeros, mujeres, ancianos y niños, agotó pronto sus recursos, y apenas habia pasado un año, cuando los árabes se presentaron tambien en Marv. Los historiadores dicen que Yezdegerdes huyó al otro Marv (Marvrud), á Balj, al otro lado del Gibon, que el Jacan de los turcos habia acudido á su auxilio y con esto sintió el rey de Iran por última vez el ruido de las armas; que durante dos meses hubo combates casi diarios hasta que por fin el valor del general árabe Ahnaf puso término á la lucha. Desafió á tres de los mas gigantescos hijos del Turkestan y los mató; en vista de esto, los turcos creyeron conveniente no perder mas soldados en favor de un extranjero y se retiraron. Yezdegerdes volvió errante á Marv, donde los persas le quisieron obligar á someterse á los árabes. Parece que el verdadero motivo de esto fué, que un vasallo de Yezdegerdes, que residía en Marv, proyectó mediante una alianza con el príncipe turco de Transoxiana, librarse de los árabes, y despues de haberse separado del rey, fundar un reino independiente. Solamente despues de la muerte de Yezdegerdes, sometió Ahnaf á Corasan, y obligó á aquel vasallo á huir. Histórico es que el palacio de Marv fué sitiado, y que Yezdegerdes, para salvar su vida, bajó la muralla por una cuerda, huyó y llegó á un molino cerca del río Razik que corre cerca de Marv, y allí durmió su último sueño. Al romper del alba, el brillante vestido de oro del rey despertó la codicia del molinero, quien, con seguro golpe, asestado á la cabeza del hermoso, pálido y cansadísimo monarca, le hizo pasar del profundo sueño natural al sueño de la muerte, mas profundo aun. Sucedió esto en el verano de 651.

El califa Omar fué asesinado en 4 de noviembre de 644, y en el reinado de su sucesor Osman sometieron los generales árabes el país de Iran, hasta la India y el Gibon.

Aquí concluye la tan singular historia persa, junto con su gloria y su magnificencia. Sea porque el contacto de los persas y de los árabes semíticos haya dado malos resultados; sea que la incapacidad de los árabes para gobernar y administrar prudentemente países conquistados con su sistema de explotación de los recursos, sin curarse del porvenir, hayan muerto la prosperidad material, ó sea porque las fuerzas vitales de la nacion se hayan gastado en los esfuerzos de tiempos anteriores, la verdad es que la Persia, despues de la conquista árabe, presenta un aspecto lamentable. Durante algun tiempo se conservó el brillo de la literatura y descuellan alguna preciosa flor, como si el espíritu de los persas hubiese bajado sobre sus vencedores y despertado los brillantes talentos que dormían en el alma de la nueva nacion do-

minante; aun en la política algunos príncipes dotados de inteligencia, levantan á veces la bandera del Iran; pero todos son meteoros que deslumbran por un momento y pronto desaparecen en la oscuridad. El golpe mas terrible fué la conquista del Iran por los mogoles, á consecuencia de la cual fueron destrozadas y aniquiladas de una manera tan terrible, como nunca se habia visto, la prosperidad, la cultura y aun la vida de los hombres. Desde entonces los persas se estacionaron, cuando no retrogradaron.

El comercio tomó otros caminos; su política es un triste balanceo entre las influencias inglesas y rusas, y el negro fanatismo del Islam inutiliza los repetidos esfuerzos de rehabilitación y de union que hacen el progreso y cultura occidentales. Un gobierno malo cuyos empleados consideran á los súbditos como esponjas que se han de exprimir; el fantasma del hambre que no cesa de amenazar al país á causa de las defectuosas comunicaciones; los enemigos en la frontera del país y otras muchas calamidades, son elementos que poca confianza pueden inspirar respecto del porvenir de los dominios del rey de los reyes. Hasta la misma actividad de los persas en el terreno de las ciencias y de la literatura que, aun hoy protegidas por los príncipes, son cultivadas solícitamente en todos los estados, apenas pasan de un entretenimiento de aficionados. Se imitan los grandes modelos legados por las épocas clásicas, porque andan en boca de todos y de cada uno, y toda persona bien educada suele adornar sus discursos ó sus escritos con flores del genio de Saadí y Hafiz; pero lo único nuevo que han sabido añadir son aquellas cosas que algunos mientan con fruición, pero de las cuales no se puede hablar en buena sociedad. Si se muestra, con todo, una actividad satisfactoria en cosas ideales, se presenta por con-

traste el estado de las ciencias exactas como desconsolador, y eso que sobre ellas va cimentado en gran parte el desarrollo del progreso europeo. Poco han adelantado en ellas los persas, pues que no pasan de lo que se sabia al principio de la Edad media.

La superstición se opone á la introducción de conocimientos útiles, y esta valla no se salva sino con siglos de instrucción. A pesar de esto, las facultades intelectuales de los persas son muy grandes y variadas. Un sabio orientalista que se dedica al mismo tiempo al estudio de la historia natural, ha dicho que la frecuencia de las enfermedades mentales crece en la misma proporción en que el estudio excesivo sobrepasa la medida de las fuerzas corporales y espirituales; y añade que esta locura endémica de nuestro tiempo, resultado de tal desproporción, forma casos muy raros entre los árabes y los persas, por la feliz proporción que reina entre sus fuerzas espirituales y su civilización que fué en otro tiempo la mayor del mundo. Un persa que tuviera la suerte de desarrollar todas sus facultades intelectuales por medio de una buena instrucción, no temería la comparación con ningun europeo.

El individuo no puede añadir una vara á su altura, y ninguna instrucción puede reemplazar la carencia de facultades mentales; al contrario, el mejor dotado puede, por negligencia, enfermar de espíritu, volverse loco, al mismo tiempo que quebranta sus fuerzas físicas. En este último caso el remedio de este individuo seria tan difícil como la restauración de un pueblo que ha perdido sus últimos bienes y se ha hundido materialmente. No es esto una cosa imposible para la Persia, pero bajo el gobierno de Nasreddin y de su dinastía turca, pocas esperanzas quedan.